















# PLAZA DE TOROS DE LOGROÑO

Mañana, jueves, 16 de junio, festividad del Corpus Christi. A las cuatro y media de la tarde

**ULTIMA** sensacional y grandiosa función de Circo, por la **COMPANIA INTERNACIONAL**, organizada y dirigida por

## LEONARD PARISH

**Despedida** de la atracción más grandiosa, sensacional, interesante e inexplicable; lo más grande que se ha visto, procedente directamente de América del Norte; Logroño puede, POR ULTIMA VEZ, admirar este formidable número que causa la admiración y es el tema de todos los públicos que vieron al fenomenal artista **Despedida**

# RINGENS

El admirable hombre que desde **CIENTOS PIES DE ALTURA, MAS DE TREINTA METROS**, se arroja en el espacio a un pequeño tanque de 1'50 metros de profundidad próximamente, lleno de agua, vuelto de espaldas, ejecutando en la trayectoria que describe, antes de llegar al tanque, un salto mortal.

Cuantos elogios se puedan hacer, ni puedan imaginarse sobre la importancia de esta colosal atracción, resultan insuficientes comparados con el arrojo y la proeza de **RINGENS**

**LOS 4 UESSEMS** La atracción más grande conocida en Logroño, la única que cada uno de sus ejercicios es una verdadera obra de arte.

LOS MAS GRANDES EQUILIBRISTAS DEL UNIVERSO

# NEMO???

## EL HOMBRE AVESTRUZ

La pesadilla de la ciencia médica. Caso único en el mundo. **NEMO** es el único hombre, el fenómeno gastronómico que mastica, traga y digiere platos, carbón encendido, bombillas eléctricas, discos de gramófono, serrín y otros objetos

**LOS CAMARAS.** Originalísimo número de gran atracción. Trabajos icarios

Los fenomenales gimnastas serio-cómicos en trapecios volantes

## OLWARDS trío y su CHARLOT

La Amaca rebotante, por

**Adriana y Antonio**

El asombroso equilibrista americano

**BEN-BENO**

Los originales clowns **FILIP Y MARTINETE**

Los celebrados, populares, bufos, excéntricos y parodistas, el **CLOWNS**

**PIPPO y el caricato SEIFFERT**

Los tozudos de la hilaridad **JUSTITO & JOSELITO**

El espectáculo se compondrá de **OCHO importantes atracciones, OCHO**

A las DOCE de la mañana, una vistosa Cabaigata recorrerá las principales calles de la población

FOLLETON DE «LA RIOJA» 35

# María

NOVELA AMERICANA

Por JORGE ISAACS

Nueva edición autorizada por el heredero del autor, don David Isaacs.

(Editada por la Casa Sopena)

—Dormías tan profundamente que me dio pena hacerlo.  
—Y Emma también? Ella tiene la culpa de que me haya dormido yo.  
Se acercó a Emma y me dijo:  
—Mira que linda está. ¡Dobres! ¿la llamamos?  
—Ya ves—le contesté,—que da lástima despertar a quien duerme así.  
Tomó el labio inferior de mi hermana, y cogiéndole después con ambas manos la cabeza, la llamó inclinando hasta que se tocaron sus frentes. Emma despertó casi asustada; pero, sonriendo al punto, en las suyas tomó las manos con que María le acariciaba las sienes.  
Mi padre acababa de sentarse con más facilidad de la que hasta entonces había tenido. Permaneció unos momentos silencioso y como espionando los ángulos oscuros del aposento. Las muchachas le miraban aterradas.  
—Voy allá—prorrumpió él al fin,—voy en este instante.

Buscó algo sobre la cama, y dirigiéndose de nuevo a quien creía le esperaba, le añadió:  
—Perdone usted que le demore un instante.  
Y dirigiéndose a mí:  
—Mi ropa... ¿qué es esto? la ropa. María y Emma permanecían inmóviles.  
—Es que no está aquí—le respondió,—han ido a traerla.  
—¿Para qué se la han llevado?  
—La habrán ido a cambiar por otra.  
—Pero ¿qué demora es ésta?—dijo enjugándose el sudor de la frente.  
—Los caballos están listos?—continuó.  
—Sí, señor.  
—Vaya y diga a Efraín que le espere para que montemos antes de que se haga tarde. ¡Muévase, hombre! Juan Angel, café. No, no... esto es intolerable.  
Y se acercaba al borde de la cama para saltar al suelo. María aproximóse a él diciéndole:  
—No, papá, no haga eso.  
—¿Que no qué?—la respondió con aspreza.  
—Que si se levanta, se impacientará el doctor, porque le hará a usted mal.  
—¿Qué doctor?  
—Fues el médico que ha venido a verlo, porque usted está enfermo.  
—Pero si estoy bueno, ¿oyes? bueno; y quiero levantarme. ¿Ese niño dónde está que no parece?  
—Es necesario que yo llame a Mary—dije al oído a María.  
—No, no—me contestó deteniéndome de una mano y ocultando con su cuerpo aquel ademán a mi padre.  
—Pero si es indispensable...  
—Es que no debes dejarnos solos.

Dile a Emma que vaya a despertar a Luisa para que le llame.  
Lo hice así, y Emma salió.  
Mi padre insistía, irritado ya, en levantarse. Hube de alcanzarle la ropa que pedía y me resolví a ayudarle a vestirse, cerrando antes las cortinas. Saltó de la cama inmediatamente que se creyó vestido. Estaba livido, contraído el ceño; agitábase los labios un temblor constante cual si estuviese poseído de ira, y sus ojos tenían un brillo siniestro al girar en las órbitas buscando por todas partes algo. El pie sangrado le impedía andar bien, a pesar de que había aceptado mi brazo para apoyarse. María, en pie, las manos cruzadas sobre la falda y dejando conocer en su rostro el afán y el dolor que la angustiaban, no se atrevía a dar un paso hacia nosotros.  
—Abre esa puerta—dijo mi padre acercándose a la que conducía al oratorio.  
Le obedecí. El oratorio estaba sin luz. María se apresuró a precederme con una, y colocándola al pie de aquella bella imagen de la Virgen que tanto se le parecía, pronunció palabras que no oí, y sus ojos suplicantes se fijaron, arrasados de lágrimas, en el rostro de la imagen. Mi padre se detuvo en el umbral. Su mirada se hizo menos tranquila, y se apoyó con mayor fuerza en mi brazo.  
—¿Desea usted sentarse?—le pregunté.  
—Sí... bueno... vamos—respondió con voz casi suave.  
Le había vuelto yo a acomodar en la cama cuando entró el doctor: se le refirió lo que le había pasado y se mostró contento después de pulsarle.

A la media hora, acercándose Mary otra vez a examinar el enfermo, que dormía profundamente, preparé una bebida, y enregándosela a María, le dije:  
—Usted va a darle esto, instándole para que lo tome con esa dulzura que tenemos.  
Ella tomó la copa con cierto temor y nos acercamos a la cama llevando yo la luz. El doctor se ocultó a favor de las cortinas para observar al enfermo sin ser visto.  
María llamó a mi padre con su más suave acento. El, luego que despertó, llevó la mano al costado, quejándose al mismo tiempo; y fijándose en María, que le instaba para que tomase la poción, la dijo:  
—Por encharadas; no puedo levantarme.  
Ella empezó a darle así la bebida.  
—¿Está dulce?—le pregunté.  
—Sí, pero basta con eso ya.  
—¿Tiene mucho sueño?  
—Sí. ¿Qué horas son?  
—Va a amanecer.  
—¿Tu mamá?  
—Descansando un rato. Tome unas encharadas más de esto, y dormirá muy bien después.  
El significó con la cabeza que no. María buscó los ojos del médico para consultarle, y él le hizo señas para que le diera más de la bebida. El enfermo se resistía, y ella le dijo, haciendo ademán de que probaba el contenido de la copa:  
—Si es muy agradable... Otra cucharada, otra, y no más.  
Los labios de mi padre se contrajeron intentando sonreír y recibiendo el líquido. María se los enjugó con su pañuelo, diciéndole con la misma ternura con que solía despe-

dirse de Juan después de dejarlo acostado:  
—Bueno, pues; ahora dormir mucho.  
Y cerró las cortinas.  
—Con una enfermera como usted—le observó el doctor a tiempo que ella colocaba la luz sobre la mesa,—no se moriría ninguno de mis enfermos...  
—¿Es decir que ya?... —le interrumpió ella.  
—Respondo de todo.  
XXXVIII  
Corridos diez días, mi padre estaba convaleciente, y la alegría había vuelto a nuestra casa. Cuando una enfermedad nos ha hecho temer la pérdida de una persona amada, aquel temor aviva nuestros más dulces afectos hacia ella, y hay en los cuidados que le prodiganos, alejado ya el peligro, una ternura capaz de desarmar a la muerte misma.  
Había recomendado el médico que se procurase al espíritu del enfermo la mayor tranquilidad posible. Se evitaba cuidadosamente hablarle de negocios. Luego que pudo levantarse, le instamos que eligiera un libro para leerle en algunos ratos, y escogió el Diario de Napoleón en Santa Elena, lectura que siempre le conmovía hondamente.  
Reunidos en el costurero de mi madre, nos turnábamos para leerle, Emma, María y yo; y si le notábamos alguna vez dominado por la tristeza, Emma tocaba la guitarra para distraerle. Otras veces solía él hablarle de los días de su niñez, de sus padres y hermanos, o nos refería con entusiasmo los viajes que había hecho en su primera juventud. En ocu-

siones burlaba con mi madre criticando las costumbres del Chocó, por reír al oír la hacer la defensa de su tierra natal.  
—¿Cuántos años tenía yo cuando nos casamos?—la preguntó una vez después de haber hablado de los primeros días de su matrimonio y de un incendio que los dejó completamente arruinados, a los dos meses de verificado aquél.  
—Veintiuno—respondió ella.  
—No, hija; tenía veinte. Yo engañé a la señora (así llamaba a su madre) temeroso de que me creyera muy muchacho. Como las mujeres, cuando sus maridos empiezan a envejecer, no recuerdan nunca bien los años que ellos tienen, fácil me ha sido luego rectificar la cuenta.  
—¿Veinte años no más?—preguntó Emma admirada.  
—Ya lo oyes—respondió mi madre.  
—¿Y usted cuántos, mamá?—preguntó María.  
—Yo tenía diez y seis: un año más de los que tienes tú.  
—Pero dile que te cuentes—dijo mi padre,—la importancia que se daba para conmigo desde que tuvo quince, que fue entonces cuando yo resolví casarme con ella y hacerme cristiano.  
—A ver, mamá—dijo María.  
—Pregúntale a él primero—respondió mi madre,—si le resolvió a algo eso que él llama importancia que para con él me daba.  
Todos nos volvimos hacia mi padre, y él dijo:  
—A casarme.  
Interrumpió aquella conversación la llegada de Juan Angel, que venía del pueblo trayendo la correspondencia. Entregó algunos periódicos y dos cartas, ambas firmadas por el